

Etnogénesis de la Meseta Sur

M.^a Concepción Blasco Bosqued*

ABSTRACT

The cultural sequence of the 1st millennium B.C. in the southern Meseta offers data for reconstructing the ways of life of the groups settled there. This sequence is relatively similar in all the regions, but has distinctive features that distinguish the personality of different local developments.

Late Bronze Age. Coincides with the Cogotas I horizon whose formative stage corresponds to the middle of the 2nd millennium B.C. The density of finds is sporadic in the southern regions and abundant in the river basins on the left bank of the Tagus. Almost all the data comes from settlements, except some stelae in Toledo and Ciudad Real that provide evidence of contacts with groups in the South and West.

Early Iron Age. Developed during the 7th and 6th centuries B.C. and represents an important transformation. The population tended to stabilise around points of greater territorial control. Some of the better located settlements survived into the Iberian period. Their most significant material elements are painted and incised ware with a graphite or red ochre finish. In this period numerous necropoleis began, some of which, like the settlements, survived into later periods. The Early Iron Age in the southern Meseta represents the beginning of Iberianisation.

RESUMEN

La secuencia cultural del I milenio a.C. en la Meseta Sur ofrece datos para reconstruir las formas de vida de los grupos asentados en ella. Dicha secuencia es relativamente similar en todas las regiones, pero con rasgos que marcan la personalidad de diversos desarrollos locales.

Bronce Final. Coincide con Cogotas I, cuya etapa de formación corresponde a mediados del II milenio a.C. Los hallazgos son esporádicos en las regiones meridionales y abundantes en las cuencas fluviales de la margen izquierda del Tago. Casi todos los datos provienen de poblados, salvo las estelas aparecidas en Toledo y Ciudad Real que testimonian contactos con el Sur y el Occidente.

I Edad del Hierro. Se desarrolla durante los siglos VII y VI a.C. y representa una renovación importante. La población tiende a estabilizarse en puntos de mayor dominio territorial, perdurando los hábitats mejor ubicados hasta época ibérica. Sus elementos materiales más significativos son cerámicas pintadas e incisas y grafitadas o a la almagra. En esta etapa se inician numerosas necrópolis, de las que algunas perduran, como los poblados, posteriormente. La I Edad del Hierro en la Meseta Sur representa el inicio de la iberización.

1. INTRODUCCION

Desde que en 1977 el Prof. Almagro Gorbea hiciera la primera síntesis sobre los orígenes de la iberización en la Submeseta Sur (Almagro, 1977), se han producido una serie de novedades que, sin ser espectaculares, han modificado algunos postulados y, sobre todo, han llenado muchas de las lagunas existentes, tanto desde el punto de vista cronológico, como desde el geográfico, lo que permite obtener ahora una visión mucho más coherente, aún cuando todavía estemos lejos de alcanzar una completa reconstrucción paleontológica del primer milenio anterior a nuestra Era. El mayor problema con el que nos encontramos a la hora de obtener esa visión global de los pueblos protohistóricos de la Submeseta sur es la tradicional falta de trabajos de campo dedicados a la realización de excavaciones extensivas y a cortes estratigráficos que proporcionen una secuencia temporal de cierta importancia, situación que es debida en parte al poco interés que esta zona ha despertado entre los investigadores ante la ausencia de hallazgos espectaculares.

Por otro lado, conviene recordar que el conjunto de tierras que integran la Meseta Sur constituyen un conglomerado heterogéneo de una gran extensión, este factor explica el asentamiento de grupos de muy diferentes tradiciones y con una mecánica de relaciones también muy variada. Además, la posición central de estas tierras, dentro de la Península, ha permitido a sus habitantes una compleja red de intercambios y, en consecuencia, la recepción de influencias cruzadas que hacen muy complicada la determinación de los vectores dominantes en estos intercambios.

2. ESTADO DE LA CUESTION

La falta de tradición investigadora en la Arqueología reciente de esta zona del interior peninsular se refleja en la ausencia, casi absoluta, tanto de monografías dedicadas a yacimientos correspondientes a la época que nos ocupa, como de visiones de síntesis relativas al primer milenio anterior a nuestra Era. El primer estado de la cuestión fue esbozado hace sólo tres lustros (Almagro, 1973), y replanteado unos años después por el propio autor (Almagro, 1977), haciendo mayor hincapié en la etapa de formación del mundo ibérico. En ambos trabajos queda patente la poca firmeza de muchos de los datos manejados al estar basados en materiales y apreciaciones obtenidas en simples prospecciones y recogidas superficiales. No obstante es necesario apuntar que este general desconocimiento tiene matices importantes en las diferentes áreas que componen la Meseta Sur.

Afortunadamente el panorama empieza a cambiar a finales de los años setenta y sobre todo en la presente década en la que se ha registrado un avance que podríamos calificar de espectacular, pues el nivel de información está ya muy próximo al que tenemos para otras áreas peninsulares.

Con respecto al Bronce Tardío-Final, puede afirmarse que contamos con datos precisos sólo a partir

* Universidad Autónoma de Madrid.

de los ochenta, y referidos casi exclusivamente a la provincia de Madrid, donde se ubican los tres yacimientos que han sido objeto de estudios monográficos algo amplios: *Ecce Homo* (Almagro y Fernández Galiano, 1980), *El Negrалеjo* (Blasco, 1983) y el *Arenero Soto* (Martínez Navarrete y Méndez, 1983), el panorama se complementa con referencias más o menos amplias relativas a conjuntos y hallazgos sueltos producidos en prácticamente todas las regiones de la submeseta sur (fig. 1, A y B) los cuales son un claro exponente de la difusión del Horizonte Cogotas I por toda el área que nos ocupa aunque, de momento, la bibliografía apenas aporta datos de interés que permitan completar el panorama, como tampoco se conocen referencias relativas al mundo funerario, del que sólo tenemos los datos que aportan las estelas relacionadas con el área del suroeste peninsular aparecidas en las provincias de Toledo y Ciudad Real, aunque este mundo de las estelas parece que afectó únicamente a las regiones más occidentales.

Pocos son los trabajos generales dedicados al Horizonte Cogotas I en la Meseta sur, entre ellos cabe destacar el de Fernández-Posse (Fernández-Posse, 1982), donde los conjuntos de la Meseta sur son citados dentro de una visión general de esta facies cultural y los de Blasco (Blasco, 1987) y Méndez (Méndez, 1982) que se refieren exclusivamente a la región de Madrid.

Más reciente todavía es la definición del Hierro I en la Submeseta sur, como una etapa surgida tras el definitivo agotamiento de Cogotas I y que sirve de verdadero pórtico a la iberización de la zona. Es un horizonte con una cronología precisa centrada entre los siglos VIII y VI y que fue atisbado en primer lugar en el yacimiento de *Ecce Homo*, donde fue definido como *Ecce Homo II* (Almagro y Fernández Galiano, 1980). Posteriormente fue identificado en una serie de yacimientos de la cuenca del Henares a su paso por la provincia de Guadalajara, asignándoseles una posición cronológica correcta (Valiente, 1984 y Valiente, Crespo y Espinosa, 1986), paralelamente yacimientos de la misma cronología y similar filiación empezaron a ser conocidos también en Madrid (Blasco, Lucas y Alonso, 1985) y Cuenca (Martínez Navarrete y Pérez Sierra, 1980), observándose que en algunos casos entroncan directamente con niveles correspondientes al inicio de la iberización.

No menos interesantes resultan los datos que empiezan a aportar algunos de los yacimientos clave para esta etapa ubicados en la provincia de Ciudad Real como son Alarcos, todavía inédito, y el Cerro de Las Cabezas de Valdepeñas (Vélez y Pérez Avilés, 1987), donde los respectivos poblados ibéricos se asientan sobre una ocupación del Hierro I, con materiales similares a los conocidos en el área nororiental de la submeseta.

Por lo que respecta al mundo funerario de esta I Edad del Hierro hay que decir que, aunque algunos hallazgos como el de Munera (Belda, 1963), son conocidos desde hace ya varios años, también se han producido recientemente novedades que permiten esbozar un panorama más completo y que resulta coherente con los datos procedentes de los poblados. Sin duda uno de los hallazgos más espectaculares son

las tumbas orientalizantes de El Carpio, en Belvís de la Jara, Toledo (Pereira y Alvaro, 1986), a las que hay que sumar algunos materiales cerámicos procedentes de una posible necrópolis ubicada en las proximidades del Cerro de Alarcos, los cuales permanecen todavía inéditos aunque nos fueron mostrados por el Dr. A. Caballero, a quien agradecemos esta deferencia. Se trata de piezas relacionadas con materiales obtenidos en Setefilla y otras grandes necrópolis del suroeste (fig. 2, A y B).

Aunque la mayoría de los hábitats de esta I Edad del Hierro no están asociados a necrópolis conocidas, la existencia de conjuntos funerarios parece afectar, a partir del siglo VI, a buena parte de las tierras que nos ocupan, dentro de un ambiente previo a la iberización. Entre los yacimientos de este tipo, cuya vida se inicia todavía dentro de la I Edad del Hierro y que han sido publicados con mayor o menor extensión, hay que citar Las Madrigueras, Cuenca (Almagro, 1969), El Navazo, Cuenca (Galán, 1980), Las Esperillas, Toledo (García Carrillo y Encinas, 1988), Molina de Aragón, Guadalajara (Cerdeño, 1983) o La Torrecilla, Madrid (Priego y Quero, 1978), además de varias de las grandes necrópolis del Alto Jalón excavadas por Cerralbo, si bien a algunos de los hallazgos interpretados como tales, hoy no puede asignársele este carácter funerario, como es el caso de Reillo, Cuenca (Maderuelo y Pastor, 1981).

Otro aspecto que comienza a ser reflejado en la bibliografía es el tránsito de la I a la II Edad del Hierro, y que llega de la mano de la iberización de la zona. La primera región que se integra en el mundo ibérico es el sudeste, cuyas grandes necrópolis como Pozo Moro (Almagro, 1983) o los Villares (Blánquez, 1984), confirman que a finales del siglo VI esta región ha quedado plenamente incorporada en el área ibérica, no mucho después las tierras de Ciudad Real, situadas al sur del Guadiana, están también inscritas en el marco del mundo ibérico, al menos así parece desprenderse de los datos que comienzan a proporcionar algunos hábitats, como el Cerro de las Cabezas (Vélez y Pérez Avilés, 1987) y Alarcos donde la evolución se produce sin solución de continuidad, dentro de unos puntos donde la población estaba ya fijada en la I Edad del Hierro.

En el área septentrional de la Meseta el tránsito del Hierro I al II empieza a estar también documentado, tanto en las necrópolis, como en los poblados, entre los conjuntos sepulcrales que conocen este cambio se encuentran los ya citados de Las Madrigueras, El Navazo y Las Esperillas, mientras que en los lugares de hábitats los únicos datos sobre este aspecto, hasta ahora publicados, proceden del yacimiento conqense de Villar del Horno (Gómez, 1987). Sin embargo son muchos los indicios existentes que coinciden en señalar que el paso del Hierro Antiguo al reciente se produce en bastantes de los asentamientos sin solución de continuidad y que dicho tránsito se habría finalizado en las regiones más septentrionales de nuestra área de estudio a finales del siglo V.

A pesar de la importancia de los restos correspondientes a los asentamientos y necrópolis de época ibérica plena, tampoco contamos con una bibliografía muy abundante dedicada al estudio de yacimientos

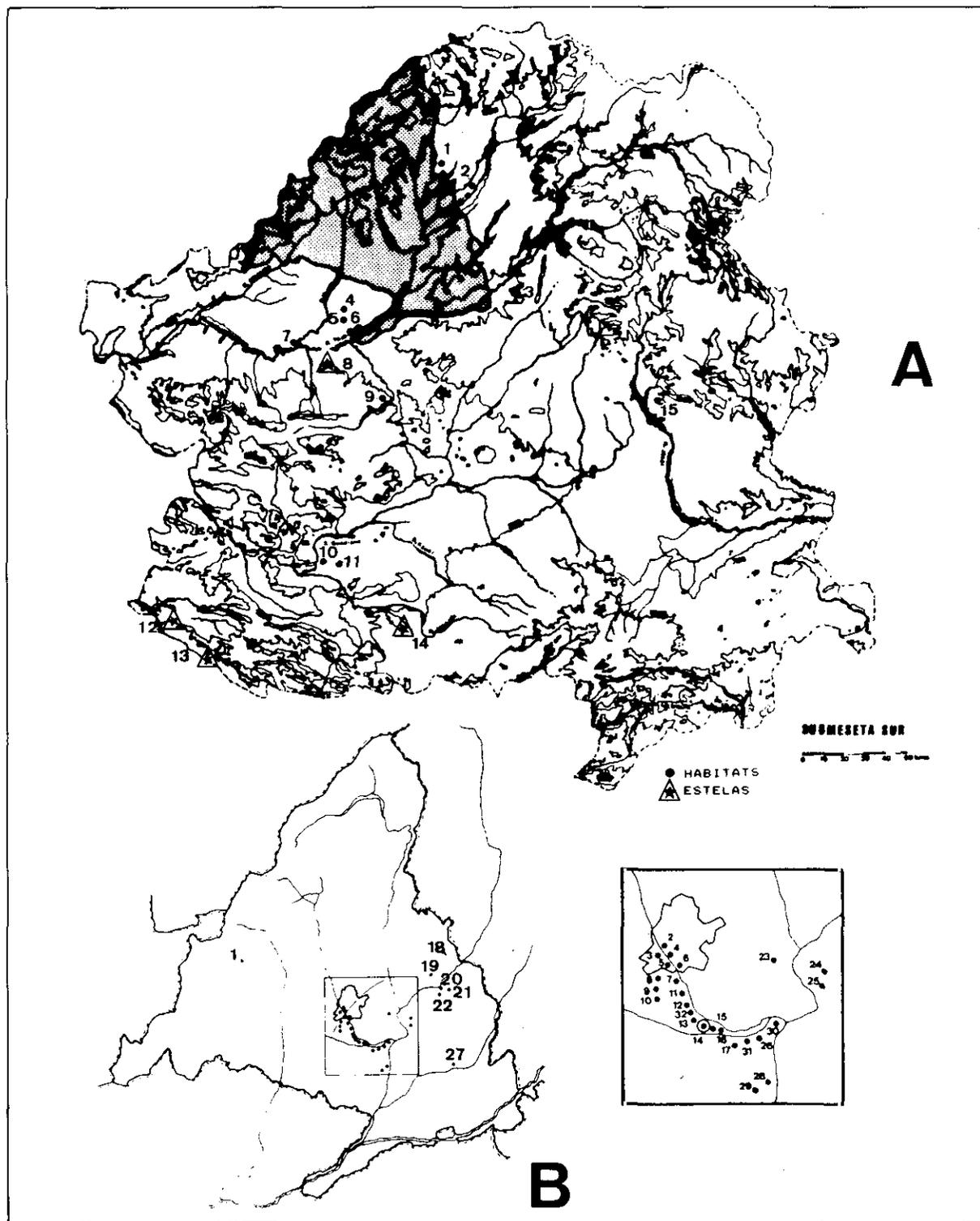


FIG. 1.—A: Mapa de dispersión de los yacimientos Cogotas I y de las estelas del suroeste en la Submeseta sur: 1.—Muriel. 2.—Alarilla. 3.—Huete. 4.—Numancia de la Sagra. 5.—Pantoja. 6.—Mocéjón. 7.—Albarreal de Tajo. 8.—Las Herencias. 9.—Mora. 10.—Alarcos. 11.—Malagón. 12.—Alamillo. 13.—Guadalmaz. 14.—Aldea del Rey. 15.—Pico de la Muela. B: Detalle de la dispersión de hallazgos Cogotas I en la región de Madrid: 1.—Canteras de Zarzalejo. 2.—Arenero Martínez. 3.—Praena. 4.—Areneros de Valdivia. 5.—Areneros de los Vascos. 6.—Avenero del Portazgo. 7.—El Almendro. 8.—Arenero de la Colonia de San Fermín. 9.—El Oxígeno. 10.—Arenero Km. 7 Carretera de Andalucía. 11.—El Quemadero. 12.—Arenero de Jesús Fernández. 13.—Arenero de Soto. 14.—Perales del Río. 15 y 16.—Areneros de la Torrecilla. 17.—La Aldehuela. 18.—Meco. 19.—Carretera de Daganzo. 20.—Cerro Ecce Homo. 21.—Cerro de Malvecino. 22.—Cerro del Viso. 23.—Vaciamadrid. 24.—El Negralejo. 25.—Mejorada del Campo. 26.—Fábrica de Ladrillos. 27.—Tielmes. 28 y 29.—San Martín de la Vega. 30.—Arenero de Alcaraz. 31.—Arenero de la Casa de los Frailes. 32.—Arenero del Marqués de Perales.

concretos de esta época, salvo escasas excepciones que, como en el resto de los horizontes, ha sido publicada en su inmensa mayoría durante la última década. A través de los pocos trabajos de campo y de los materiales conocidos, podemos afirmar que en el siglo IV se produce una importante eclosión del mundo ibérico en la Meseta Sur, momento en el que ya han sido asimiladas todas las novedades que han llegado de su mano.

Entre la lista de yacimientos ibéricos que han sido objeto de publicación reciente, podemos citar Cerro de las Cabezas (Vélez y Pérez Avilés, 1987) y Oretum (Nieto y Sánchez Meseguer, 1980), en la Oretania, El Cerrón de Illescas (Balmaseda y Valiente Cánovas, 1979) y Cerro Redondo de Fuente el Saz, en la Carpetania (Blasco y Alonso, 1985) o Fuente de La Mota en Cuenca (Sierra, 1981). Además, contamos también con datos sobre necrópolis de este momento, ya que la mayoría de los conjuntos funerarios mencionados para la etapa de transición del Hierro I al Hierro II perduran hasta el siglo IV y conocemos otras necrópolis que comienzan a ser utilizadas en torno al siglo IV, como es el caso de La Yunta (García Huerta y Antona, 1988), en Guadalajara o Villafranca de los Caballeros en Toledo (Ruiz Zapatero y Carrobles, 1986). A todos estos datos hay que añadir los procedentes de referencias más escuetas o los que pueden extraerse de Cartas Arqueológicas de regiones o términos concretos, de donde se desprende que durante la Segunda Edad del Hierro existe una gran intensidad de poblamiento en toda la submeseta sur, como ejemplos baste citar las Cartas Arqueológicas de Alcalá de Henares (Fernández Galiano, 1976), del Campo de Montiel (Pérez Avilés, 1985) o de la región seguntina (Morere, 1983).

3. PERIODIZACION

Como ya hemos visto al hablar del estado de la cuestión, hoy podemos trazar ya una secuencia cultural completa para los pueblos asentados en la Meseta Sur desde el Bronce Final hasta la romanización, asignándoles una adscripción temporal relativamente precisa. El marco cultural en el que se desenvuelve esta etapa de la Prehistoria reciente no dista mucho del que se ha diseñado para otras áreas de la Península por lo que se debe destacar esa vieja concepción de marginalidad y de menor dinamismo de los grupos del interior.

Por los datos hasta ahora conocidos, hay que afirmar que el Bronce Final en la zona que nos ocupa está representado por el Horizonte Cogotas I, cuya etapa de formación se remonta hasta mediados del segundo milenio, en lo que se ha dado en llamar la Facies Cogeces, y a la que pertenecen algunos yacimientos de la provincia de Madrid, como las Canteras de Zarzalejo (Fernández Vega, 1980) o La Aldehuela (Fernández Ochoa y Rubio, 1980) entre otros. Ninguno de estos yacimientos de la etapa inicial de Cogotas I ha sido excavado sistemáticamente ni ha proporcionado dataciones que permitan confirmar una cronología precisa, anterior al Bronce Final ya que las fechas de carbono 14 o Termoluminiscencia obtenidas hasta el momento para el Horizonte Cogotas I

proceden de los yacimientos madrileños de Ecce Homo y la Fábrica de Ladrillos y se centran entre los siglos XII a IX, momento que parece corresponder al período de plenitud. En conjunto coinciden con las proporcionadas por yacimientos de características similares de la Meseta Norte, como es San Román de la Hornija (Delibes, 1978), además estas dataciones estarían avaladas también por elementos tan significativos como la fíbula de codo «ad ochio» aparecida en el yacimiento de Perales del Río (Madrid), y que, por prototipos sicilianos nos lleva a los siglos X-IX.

A fines del siglo VIII, coincidiendo con un momento de intensificación de los contactos entre los grupos ribereños del mediterráneo, se va a producir la definitiva liquidación del Horizonte Cogotas I en la Meseta Sur, al ser sustituido por grupos que incorporan en su cultura material elementos de claros componentes mediterráneos asociados, en parte, a modas que imperan entre los círculos culturales de la Primera Edad del Hierro de la Europa Continental, este nuevo horizonte se va a imponer, de forma casi simultánea, en gran parte del territorio que nos ocupa, a través de contactos múltiples producidos, tanto desde el sureste y la Alta Andalucía como desde el suroeste y Extremadura. Esta etapa previa a la II Edad del Hierro, tiene una duración media de dos centurias, ya que a fines del siglo VI o inicios del V, comienza el proceso de iberización que afectará de forma plena a todo nuestro espacio geográfico.

Desgraciadamente, hasta el momento, no contamos con ninguna fecha absoluta correspondiente a este horizonte, pero existen paralelos culturales con las regiones meridionales que no dejan duda sobre la adscripción cronológica de esta fase. Entre los fósiles guía más significativos hay que citar las cerámicas pintadas post cocción o los acabados a la almagra y al grafito, así como las fíbulas de doble resorte localizados en varias necrópolis o los recipientes con incrustaciones de botones de cobre procedentes de Alarcos (Ciudad Real) y El Carpio (Toledo).

Los mismos datos parecen desprenderse de los hábitats, pues aunque falten las estratigrafías que los confirmen son ya muchos los yacimientos, particularmente los situados en altura, que han proporcionado materiales del Hierro I procedentes de niveles subyacentes a los ibéricos cuya interpretación se ve dificultada por la falta de estructuras arquitectónicas en duro, no obstante, la presencia de estos materiales parece indicar que el tránsito hacia la iberización se produce sin solución de continuidad. Esta circunstancia está constatada, entre otros, en los yacimientos conquenses de Reillo, Moya y Huete, en los madrileños de Arroyo Culebro y Pinto o en los Cerros de Alarcos y de las Cabezas, ambos en Ciudad Real, además de en algunos de los castros de la provincia de Guadalajara como Castilviejo. La única fecha de C 14 relativa a esta etapa de la iberización incipiente, procede de Villar del Horno y ha dado un valor de 640 ± 100 a. Cristo. A falta de poder realizar una contrastación con yacimientos del mismo ámbito geográfico y cultural, no parece lógica su aceptación incondicional, ya que el contexto material no se remonta más allá de inicios del siglo V, centuria en la que se generaliza el Hierro II en toda la submeseta sur. El caso del Cerro

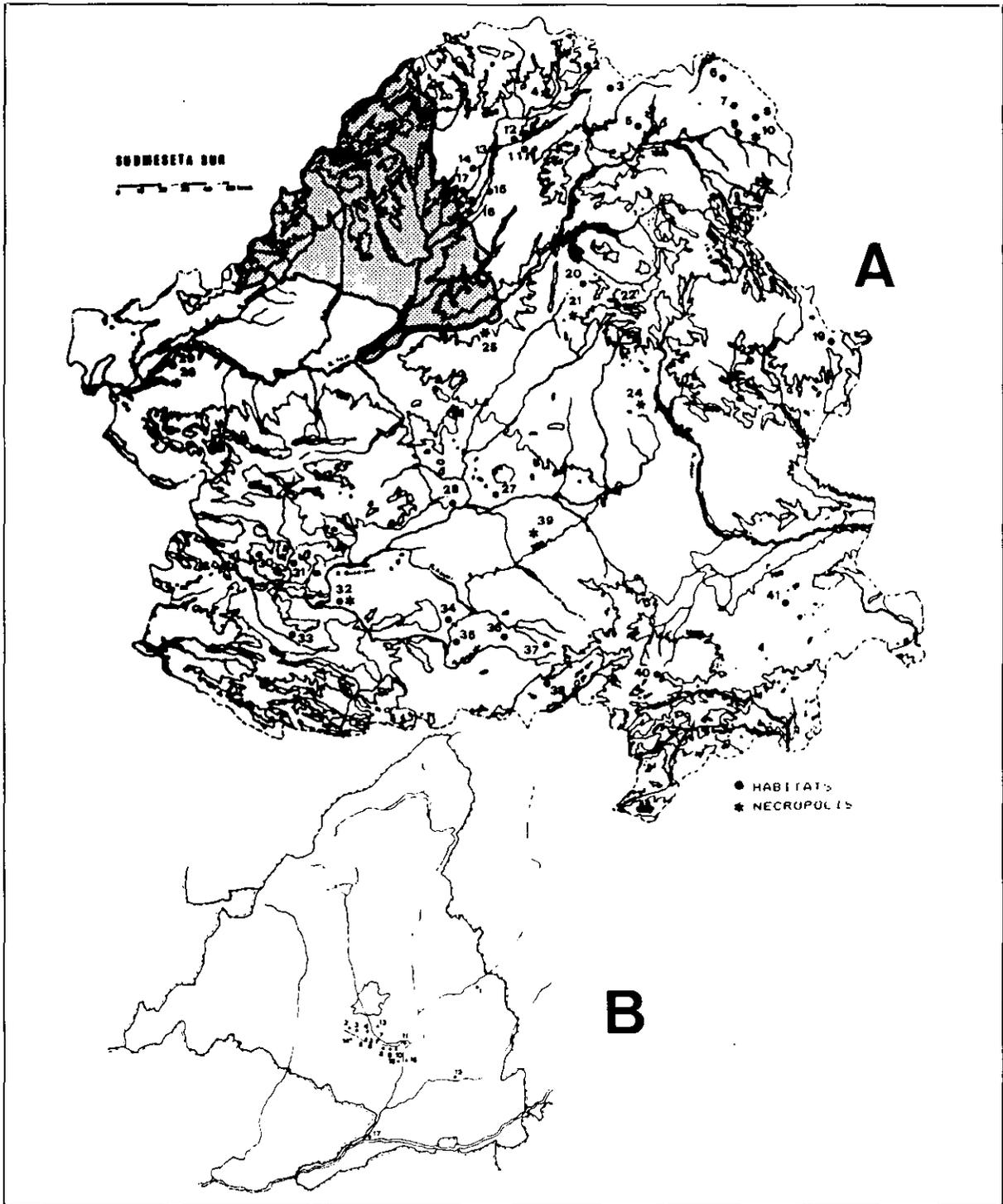


FIG. 2.—A: Mapa de dispersión de los hábitats y necrópolis de la I Edad del Hierro en la Submeseta sur: 1.—Valdenovillos. 2.—Riosalido. 3.—Prados. Redondos. 4.—Carabias. 5.—Almudejo. 6.—Embid. 7.—Ermita de la Vega. 8.—Cubillejos. 9.—La Coronilla. 10.—Molina de Aragón. 11.—Espinosa de Henares. 12.—Pico Buitre. 13.—Alarilla. 14.—Peñalcuervo. 15.—La Merced. 16.—Casasola. 17.—Alovera. 18.—La Dehesa. 19.—Cabezo Moya. 20.—Castillo de Huelo. 21.—Las Madrigueras. 22.—Villar del Horno. 23.—Reillo. 24.—El Navazo. 25.—Las Esperillas. 26.—El Carpio. 27.—Pedro Muñoz. 28.—Arenas de San Juan. 29.—Las Herencias. 30.—Fontanarejo. 31.—Miraflores. 32.—Alarcos. 33.—La Bienvenida. 34.—Alhambra. 35.—Alcubillas. 36.—Valdepeñas. 37.—Rocafria. 38.—San Polo. 39.—Munera. 40.—Macalón. 41.—Bonete. B: Detalle de la dispersión de yacimientos de la I Edad del Hierro en la región de Madrid: 1.—Ecce Homo. 2.—Sector III de Getafe. 3.—El Torrejón. 4.—Venta de la Victoria. 5.—La Zorrera. 6.—Arenero del Arroyo Culebro. 7.—La Torrecilla. 8.—La Aldehuela. 9.—Puente I de la Aldehuela. 10.—La Aldehuela-Salmedina. 11.—Arenero de Salmedina. 12.—Perales de Tajuña. 13.—Cerro de San Antonio. 14.—Pinto. 15.—La Boyeriza. 16.—Finca de los Angeles. 17.—Puente Largo del Jarama.

Redondo, en Fuente el Saz (Madrid), puede ser un indicio de cómo a fines del siglo V, tanto los grandes núcleos como los pequeños caseríos habían asimilado ya la mayor parte de los componentes de la iberización.

De todas formas, es en el siglo IV a. C., cuando parece culminar este proceso, momento en el que hay que fechar la mayor parte de los yacimientos y los niveles más potentes y extensos de los núcleos poblacionales, muchos de los cuales son abandonados, en el siglo III a. C. sin llegar a romanizarse. La desigual información que poseemos, en las diferentes áreas, nos impide conocer hasta qué punto el fenómeno de la iberización en esta área es homogéneo o, por el contrario, tiene matices en las distintas regiones. Un hecho sí parece claro: la diversificación de hábitats en esta etapa como consecuencia de la mayor complejidad social y económica que se registra entre los diferentes grupos de una misma área geográfica, de manera que frente a conjuntos poblacionales de gran extensión que adoptan un urbanismo complejo y bien estructurado, coexisten pequeños núcleos que mantienen una tradición de arquitectura doméstica similar a la del Bronce Final-Hierro I, a base de cabañas realizadas con materiales orgánicos.

4. PROCESO FORMATIVO: EL BRONCE FINAL

Afortunadamente la orientación dada a las investigaciones recientes ha permitido manejar unos datos con los que es posible conocer algo más que la cronología y las características de la cultura material, aunque también es cierto que la mayoría de estos datos proceden de un pequeño número de yacimientos, por lo que el intento de reconstrucción paleontológica que aquí hacemos tiene que ser tomado como mera aproximación que deberá de ser contrastada con aportaciones futuras.

El Horizonte Cogotas I que caracteriza el Bronce Tardío y Final de la zona tiene una cronología aproximada entre mediados del segundo milenio y finales del siglo VIII a. C. Está representado, tanto por hábitats de altura (Ecce Homo o Muela de Alarilla) como por establecimientos en llano (Arenero de Soto o Negralejo), pero todos estos conjuntos tienen un denominador común: la falta de arquitectura en duro y la existencia de una gran concentración de «fondos», en lo que se ha denominado «campos de silos», constituidos por una serie de fosas u hoyos directamente excavados en el subsuelo y donde se acumula la mayor parte del material mueble. Aunque algunos de los lugares de llano se encuentran en puntos donde también se asentaron grupos anteriores, fundamentalmente campaniformes, caso de Perales del Río o de La Fábrica, en ninguno de ellos hemos encontrado reocupaciones de gentes pertenecientes al Hierro I o II. En cambio, en los lugares prominentes es frecuente que los hábitats Cogotas I hayan sido también sede de poblaciones posteriores, este es el caso comprobado en La Muela de Alarilla (Guadalajara) (Méndez y Velasco, s.a.), donde se han obtenido materiales del Hierro I, de Ecce Homo (Madrid), donde se ha

comprobado la presencia de grupos, tanto del Hierro I como del Hierro II, o del propio Cerro de Alarcos en Ciudad Real, donde se repite la presencia de gentes pertenecientes a la Primera y a la Segunda Edad del Hierro; sin embargo no tenemos todavía datos firmes que nos permitan asegurar que estos yacimientos estuvieron ocupados sin solución de continuidad. Aunque no hay argumentos firmes que nos permitan conocer el por qué de la dualidad de establecimientos (en altura y en llano), es posible que estemos ante grupos con actividades primarias algo diferentes. Para el caso de los asentamientos en llano hay que reconocer una vocación eminentemente ganadera, actividad que, en buena medida, se complementaría con la caza, pues del análisis de los restos se desprende que la dieta cárnica estaba constituida en un 60 % por el consumo de especies domésticas y en un 40 % por especies salvajes, siendo prácticamente idéntica la incidencia en la alimentación de estos grupos del ciervo y de los ovicápridos (en torno al 14%). Esta vocación pastoril se desprende de las características del terreno en el que se asientan estos yacimientos en llano, donde generalmente predominan en su entorno las praderas naturales de excelente rendimiento para la ganadería que se complementaría con una agricultura practicada en puntos más alejados de los poblados, y protegida de la zona de inundación del río.

Por su parte es posible que los asentamientos en cerro correspondan a gentes que, además del pastoreo, tuvieran otros intereses económicos como el comercio, o la agricultura, actividades para las que resulta indispensable un cierto control visual del territorio del entorno. Esta supuesta diferencia en las actividades económicas no afectó aparentemente ni a las características urbanas ni a una diferencia importante de la estabilidad de la población dentro de un territorio. Por otra parte, sería interesante conocer la relación que pudo existir entre los habitantes de ambos tipos de núcleos, pero es una faceta de la que hasta el momento carecemos de todo tipo de indicios.

Generalmente se ha querido ver en los grupos Cogotas I el fruto de una tradición de la zona, con un fuerte arraigo conservador y poco permeables a innovaciones, esta situación se asocia al carácter tradicional de su economía ganadera. Sin embargo, la gran extensión que alcanza este horizonte dentro del conjunto de las tierras peninsulares, hace sospechar que no sólo se produjeron contactos entre gentes de la Meseta Sur y otras regiones más o menos próximas, sino que incluso estos contactos tuvieron una importante fluidez lo que permitió, sin duda, la asimilación de novedades y la consecución de determinados objetos y materiales por medio de contactos comerciales. La falta de estructuras domésticas en duro, a la que hemos hecho referencia, unida a la escasa potencia que presentan la mayoría de los asentamientos de este horizonte, hacen sospechar que estos hábitats pertenecían a ocupaciones poco prolongadas, quizá de carácter estacional lo que sería una prueba evidente de esa supuesta movilidad.

La mayoría de los yacimientos presentan características urbanas muy similares, ya que en todos ellos faltan las estructuras arquitectónicas y las únicas

subestructuras que conservan son los consabidos «fondos» u hoyos que debieron tener funciones múltiples asociándose, en la mayoría de los casos, a las unidades habitacionales. De la distribución espacial de estos fondos se desprende que la organización urbana no responde a unas pautas prefijadas, sino que más bien obedece a una improvisación que trata de cubrir las necesidades inmediatas (fig. 3, 1 y 2). Tampoco resulta posible aventurar el número total de unidades habitacionales que agrupaba cada núcleo, aunque la superficie total de estos yacimientos podía oscilar entre una y tres hectáreas. Muchos de estos yacimientos fueron ocupados en más de una ocasión, pues algunos de los fondos están afectados por hoyos abiertos en parte de su superficie, pero desgraciadamente no tenemos ningún indicio que nos permita aproximarnos a la duración de cada uno de los establecimientos ni al tiempo transcurrido entre una y otra ocupación. Como tampoco es posible saber si la coincidencia de establecimientos es debida a un mismo grupo o, por el contrario, fueron distintas gentes con una cultura material similar las que se establecieron en el mismo punto.

Otro aspecto de interés que conviene comentar es el supuesto conservadurismo de estas gentes ya que, si bien es cierto que los sistemas constructivos y la ordenación urbana, así como las pautas económicas no parecen haber cambiado mucho desde el Calcolítico, también es verdad que tanto las modas cerámicas, como las novedades en el campo de la metalurgia, se asimilan prácticamente al mismo ritmo que en las regiones más periféricas, consideradas siempre más dinámicas. Los objetos materiales mejor conocidos son los recipientes cerámicos y, más concretamente, los más cuidados, sobre los que se ejecuta una característica decoración realizada con técnicas de incrustación como incisión, excisión, boquique, e impresión, los cuales han llegado a constituir los verdaderos fósiles guía de este horizonte cultural (fig. 3, 3 a 7). En los conjuntos vasculares hay una clara evolución, tendente a la barroquización de las formas y decoraciones que, en determinados aspectos, parecen obedecer a tendencias observadas en grupos de la Europa continental.

Pero quizá el dato que convenga destacar más especialmente para comprender la capacidad innovadora de estos grupos, es la obtención y utilización de colorantes, particularmente hematites procedentes de óxidos férricos, explotados a partir de afloraciones superficiales, práctica que debió de ser bastante frecuente, tanto entre las gentes Cogotas I como entre los grupos de época más tardía. Una prueba significativa de esta actividad es el almacenamiento de mineral de hierro en uno de los fondos del yacimiento de Perales del Río, hábitat del que también procede una fibula «ad occhio»; sin duda este aprovisionamiento tendría por objeto la incrustación de colorante rojo en los surcos ornamentales de algunos recipientes cerámicos, de los que conocemos muchos ejemplos en diferentes yacimientos del área madrileña. La utilización de materiales férricos nos lleva a plantear la hipótesis de que estos grupos pudieron ser los auténticos precursores del trabajo del hierro, aunque fuera para

un uso bien distinto al que la siderurgia. Ello nos permitiría erradicar definitivamente ese carácter conservador y aceptar la capacidad innovadora y receptiva de unas gentes cuya movilidad les debió de permitir mantener múltiples contactos, y a través de ellos conocer cuantas novedades se producían.

En el campo de la metalurgia, los pocos análisis metalográficos practicados a objetos tan sencillos como puedan ser punzones, nos indican que dominan el trabajo del bronce, obteniendo aleaciones con una riqueza de estaño similar a la que se alcanza en los talleres de cualquier otro círculo cultural europeo de este momento. Un trabajo que, sin duda, ejecutaban ellos mismos, como lo evidencia la presencia de un fragmento de molde de fundición de hacha plana recuperado en Perales del Río (fig. 3, 8), o un lingote fundido sobre un molde de hacha plana hallado en La Fábrica de ladrillos y que presenta todavía la rebaba originada al verter la colada en el molde (fig. 3, 9). Esta actividad no impidió la importación de determinados objetos excepcionales, como es la fibula de codo «ad occhio», relacionada con las producciones sicilianas y aparecida en Perales del Río. Este tipo de imperdibles, realmente escasos en nuestra arqueología, tiene una significativa concentración en el sudeste lo que nos permite suponer que una de las regiones con la que se mantuvieron contactos comerciales relativamente intensos pudo ser precisamente el sudeste, sin embargo, parece lógico suponer que los lazos culturales tuvieron direcciones múltiples y mientras Ciudad Real, a juzgar por los indicios posteriores, tiene su lógica salida hacia Córdoba y la región del Bajo Guadalquivir, las tierras más orientales mantuvieron relaciones más estrechas con Granada y Alicante, sin menospreciar tampoco los posibles contactos con la Meseta Norte, a través de los pasos del Sistema Central, o con el Ebro por la vía del Jalón.

Al igual que en la Meseta Norte es posible que los grupos Cogotas I de esta área basaran parte de su comercio en su actuación como intermediarios en la redistribución de productos metálicos y en el aprovisionamiento de mineral obtenido en filones próximos a su entorno. Quizá pueda ser tomado como un indicio de este hecho el citado lingote hallado en el yacimiento de La Fábrica que contiene cobre y plomo, una aleación poco útil y que forzosamente tuvo que ser combinada con otros minerales. Aunque el Horizonte Cogotas I es conocido, sobre todo a través de los yacimientos de las cuencas fluviales madrileñas y, muy particularmente, del tramo bajo del Manzanares (Méndez, 1982), hoy podemos decir que estamos ante una facies representada en todas las regiones de la Meseta Sur, desde los numerosos hallazgos de la provincia de Toledo en: Pantoja, Mora, Mocejón, Albarreal de Tajo, Herencias, Malpica, Zayos, Finca de Hidalgo, o Testero que parecen preluir una densidad similar a la confirmada en el área madrileña, hasta Huete en Cuenca (Martínez González y Martínez Navarrete, 1988), pasando por los cada vez más abundantes yacimientos de Guadalajara: Muela de Alarilla (Méndez y Velasco, s.a.), Muriel (Sánchez Meseguer, 1988), etc., y los más meridionales de Malagón en La Mancha y Cerro de Alarcos en el Campo de Calatrava.

Esta total cobertura del Horizonte Cogotas I, por el mapa de la Meseta Sur, permite poner en conexión estos yacimientos con los hallazgos de la misma facies cultural que se han producido, a lo largo y ancho de gran parte de nuestra geografía, desde el suroeste a la Alta Andalucía, y desde el Valle del Duero al del Ebro. Desgraciadamente la poca variedad de materiales muebles proporcionados por los hábitats de este horizonte, del que no conocemos necrópolis, y, sobre todo la casi total ausencia de productos metálicos, nos impide marcar con precisión los vectores dominantes en los contactos y relaciones económicas de las gentes de Cogotas I.

Los únicos datos referentes al mundo funerario de este horizonte nos los brindan elementos procedentes de otro área cultural, como son las estelas del suroeste halladas en Herencias (Toledo), Aldea del Rey (Valiente y Prado, 1977 y 1979), Alamillo y Guadalez (Ciudad Real), (fig. 3, 10 y 11) las cuales parecen indicar la relación que los grupos del Bronce Final de la fachada occidental de la submeseta sur, sin duda inscritos en el marco de Cogotas I, llegaron a establecer con sus vecinos. Desgraciadamente no sabemos la posible relación que la estela de Las Herencias pueda tener con las cerámicas Cogotas I halladas en el mismo término, como tampoco poseemos datos para precisar si estas estelas pertenecen a las propias gentes de Cogotas I o son monumentos realizados para personajes ajenos a estos grupos que circunstancialmente murieron en estos lugares. Lo que sí parece evidente es la conexión de estas estelas con otros hallazgos orientalizantes de época ligeramente posterior ya que Las Herencias está próxima a Belvis de La Jara donde se ha exhumado una tumba estrechamente vinculada a ese mundo, mientras que los hallazgos de Alamillo y Guadalez hay que ponerlos en relación con la zona minera de la Bética y Aldea del Rey se encuentra próximo a Despeñaperros, en un punto de vital importancia en las comunicaciones con la región de Cástulo, zonas muy vinculadas al desarrollo del suroeste durante el período orientalizante.

Un último dato conviene añadir: la mayor perduración del Horizonte Cogotas I en la mayor parte de las tierras meseteñas en relación con las regiones más periféricas, ya que mientras las fíbulas de codo en el Valle del Guadalquivir, Levante o incluso en Portugal no aparecen nunca en contextos Cogotas I, los imperdibles de este tipo hallados en ambas Mesetas se asocian todavía a esta facies.

5. LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Hacia finales del siglo VIII los vínculos de la Meseta sur con los grupos establecidos en el Valle del Guadalquivir registran un notable incremento, que pudieron precipitar el definitivo declinar de Cogotas I al introducir nuevas modas y, sobre todo, nuevas pautas económicas y culturales, sin que por ello tengamos que hablar de un cambio brusco. Lógicamente los contactos más intensos se producen con las áreas más meridionales de la Meseta que se encuentran más próximas a Andalucía. Concretamente al sur del Guadiana se registra en este momento un cambio impor-

tante que supone la estabilización de la población en puntos estratégicos que controlan áreas neurálgicas: El Cerro de Alarcos, situado en el Campo de Calatrava, en un punto que domina los pasos naturales que desde los Montes de Toledo ponen en comunicación la Meseta con Sierra Morena y la Alta Andalucía; el cerro de Las Cabezas, en el Campo de Montiel, en la misma cuenta del Jabalón, controlando nada menos que el mismísimo paso de Despeñaperros, la puerta natural que facilita la salida de la Meseta hacia Andalucía y, por último, La Bienvenida en el Valle de La Alcuía, en un lugar que comunica las regiones mineras de Ciudad Real y Córdoba. La segunda gran vía de comunicación alcanzaba la Meseta por el sureste, un testimonio de ello son los materiales del Bronce Final-Hierro I aparecidos en El Macalón (García Guinea, 1960) y El Amarejo (García Arista, 1985), relacionados con Alicante y la Alta Andalucía.

La fijación de la población en éstos y otros puntos vitales estaría propiciada no sólo por esas necesidades estratégicas del control de unos pasos y por la actividad minera que, indudablemente debió de jugar un papel importante, sino también por la puesta en cultivo de terrenos de gran rendimiento agrícola, coincidiendo con la introducción de nuevas especies cultivables. Estos grupos se asientan, en unos casos, en puntos ya habitados por gentes Cogotas I, como Alarcos, mientras que en otros, se ubican en lugares vírgenes, como el Cerro de Las Cabezas o La Bienvenida.

En general, los restos materiales experimentan un cambio bastante profundo, sustituyendo los modelos Cogotas I por producciones que responden a las modas imperantes en los círculos peninsulares más receptivos. Un caso singular es el conocido vaso de Reillo (Maderuelo y Pastor, 1981) con una forma y un motivo ornamental típico de la I Edad del Hierro, pero con una técnica decorativa: el boquique, que se identifica con el Horizonte Cogotas I, es un caso de aculturación que prácticamente no se repite en otros materiales (fig. 4, 6). Uno de los pocos elementos que perduran es la fuente de carena alta que durante el Horizonte Cogotas I solía presentar decoración y que en estos momentos es totalmente lisa (fig. 4, 4).

Desgraciadamente no existen datos sobre el urbanismo que caracteriza a estos yacimientos que se vinculan con los primeros contactos del mundo orientalizante con la Meseta, ya que las excavaciones practicadas en estos yacimientos apenas han afectado a los niveles de este momento inicial, pero parece bastante probable que debió de seguir desarrollándose una arquitectura doméstica a base de cabañas realizadas con material orgánico, similar a la comprobada en yacimientos de contextos culturales parecidos del área de Madrid (fig. 4, 1 y 2). Los únicos elementos que conocemos son las cerámicas entre las que se encuentran las más características del Período Orientalizante del suroeste como son cerámicas comunes con acabados a cepillo, y recipientes finos con tratamientos a la almagra o al grafito (fig. 4, 3), que proporcionan superficies rojas o negras muy bruñidas reproduciendo calidades metálicas obtenidas a partir de componentes férricos. Las decoraciones más características son las incisas y las pintadas post cocción, entre las que son

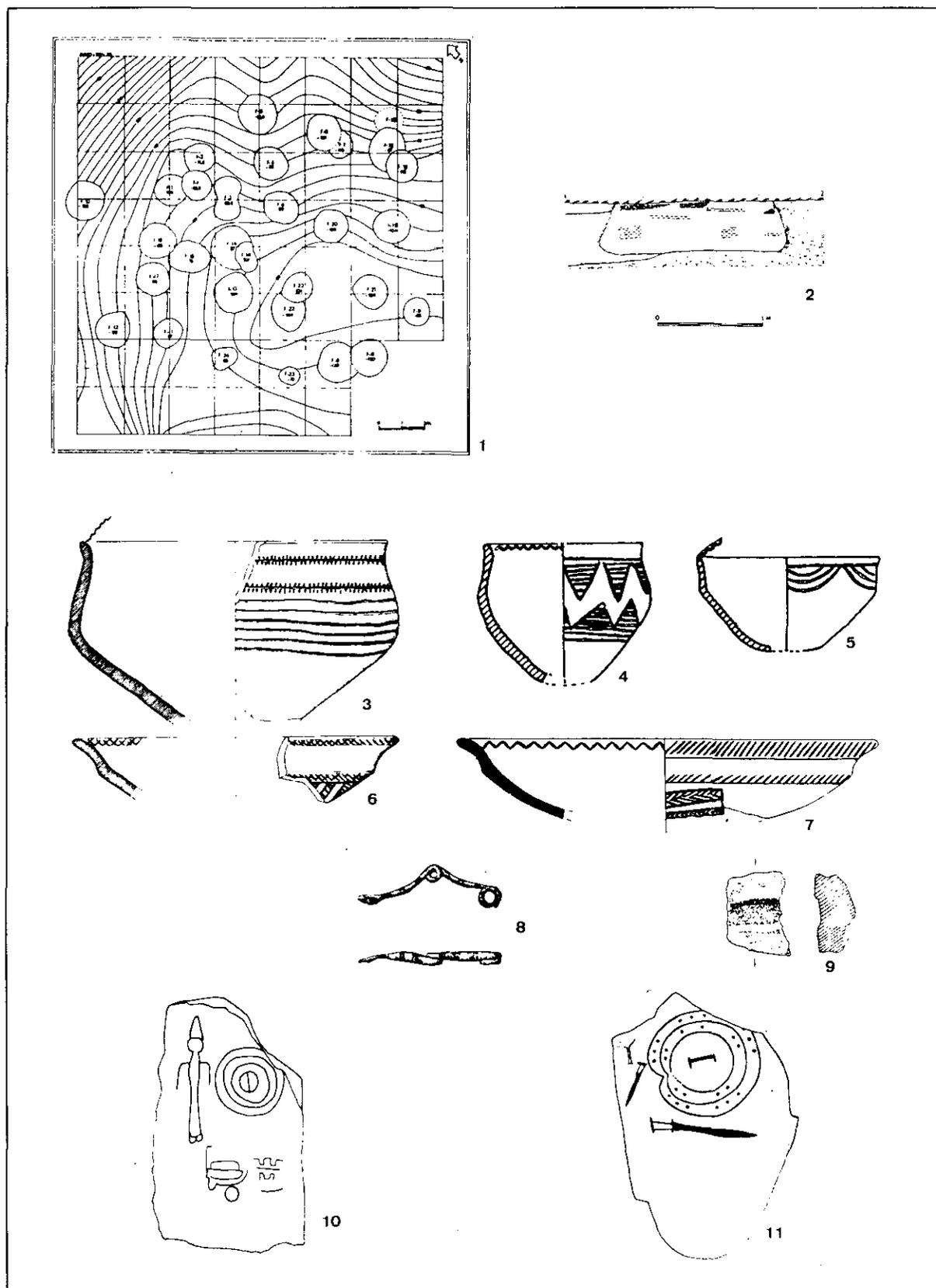


FIG. 3.—Bronze Final. 1.—Distribución espacial de los fondos del Arenero Soto. 2.—Sección de uno de los fondos del Arenero Soto. 3 a 7.—Cerámicas características del Horizonte Cogotas I, proceden de Perales del Río, Ecce Homo y Arenero Soto. 8.—Fíbula ad ochio de Perales del Río. 9.—Molde de hacha plana de La Fábrica de Ladrillos. 10 y 11.—Estelas procedentes de Herencias y Aldea del Rey, respectivamente.

frecuentes las bicromías blanco-rojo que tienen un estrecho paralelo con las del suroeste (fig. 4, 7).

En torno al siglo VI a. C., los influjos del mundo orientalizador son también patentes algo más al norte, en la comarca de La Jara toledana, donde hace unos años se localizó, en El Carpio (Belvis de La Jara), una excepcional tumba con, al menos, dos inhumaciones, y un riquísimo ajuar funerario, de indudable filiación orientalizador (Pereira y Alvaro, 1986), donde se repiten algunos de los elementos encontrados en Alarcos, como son los recipientes con incrustaciones de botones de cobre (fig. 4, 11) o los cuencos de carena alta pintados, cerámicas a las que se asocia un rico ajuar metálico. Aunque no se descarta que la inhumación pueda explicarse como consecuencia de las tradiciones locales, no podemos olvidar que el mundo orientalizador practica el birritualismo y es, en ese contexto en el que habría que explicar este rito, ya que todo el ajuar pertenece a ese ambiente cultural.

Pero el siglo VII va a suponer también importantes cambios en otras áreas de la Meseta sur donde las novedades llegan a partir de varios focos, entre los que hay que destacar el sureste y la Alta Andalucía, además del ya citado del suroeste. Los datos que tenemos para el conocimiento de la Primera Edad del Hierro en toda la Meseta sur proceden ya, tanto de hábitats como de necrópolis, pues es en este momento cuando, a partir de influjos llegados indistintamente del ámbito mediterráneo y de la Europa continental, comienza a generalizarse la costumbre de los enterramientos y cuando surgen las primeras necrópolis con grandes concentraciones de tumbas, especialmente abundantes en el área del Alto Jalón-Alto Tajo, en el ámbito de la provincia de Guadalajara.

Los asentamientos de las regiones más septentrionales de la submeseta sur, pertenecientes a la Primera Edad del Hierro, corresponden, en unos casos, a establecimientos en lugares previamente ocupados por grupos de Cogotas I, como La Muela de Alarilla o el Cerro de Ecce Homo, aunque, no parece posible poder hablar de hábitats sin solución de continuidad, pues, como en el Horizonte anterior, se sigue con un régimen de asentamientos estacionales. De todas formas, la mayoría de los lugares de habitación de este momento son de nueva ocupación y no debieron de tener una vida muy prolongada. La cuenca del Henares es la que ha proporcionado, hasta el momento, la mayor concentración de poblados de esta etapa, además de los dos ya mencionados de Muela de Alarilla y Ecce Homo, hay que citar Pico Buitre, Peñalcuervo, Riosalido, etc. (Valiente, Crespo y Espinosa, 1986). No obstante, son también varios los lugares de este tipo conocidos en la cuenca del Manzanares: San Antonio (Blasco, Lucas y Alonso, 1985) Sector III de Getafe (Blasco y Barrio, 1987), Puente de la Aldehuela (Priego, 1987), Arroyo Culebro, etc. y no faltan indicios de la existencia de conjuntos similares en otros puntos de la cuenca del Tajo, como son Perales de Tajuña, Puente largo de Aranjuez, Pantoja, e incluso está constatada también su presencia en otras áreas de la Meseta, como Alcázar de San Juan (Nájera, 1984), Boniches de la Sierra (Martínez Navarrete y Pérez Sierra, 1985), Cabezo Moya (Nava-

rro y Sandoval, 1984 y Sánchez Capilla, 1987) o Reillo (Maderuelo y Pastor, 1982).

En general estos asentamientos tienden a ocupar lugares ligeramente elevados, con un cierto dominio del entorno, evitando las llanuras abiertas y bajas de las terrazas fluviales sin posibilidad de control de las tierras circundantes, donde con frecuencia se asentaban los grupos Cogotas I y donde eventualmente encontramos también algún pequeño establecimiento de este horizonte de la I Edad del Hierro. Aunque su arquitectura doméstica sigue siendo de materiales orgánicos, suelen faltar o, al menos, aparecen en menor proporción, los clásicos fondos u hoyos abiertos en el subsuelo. Muchos de estos conjuntos han proporcionado, en cambio, una serie de huellas más variadas y complejas que las que se encuentran en los hábitats Cogotas I y cuyas características permiten relacionarlas con los anclajes de las cabañas domésticas y con las improntas y subestructuras correspondientes a los lugares donde se realizaban las diversas actividades del poblado. Las unidades domésticas presentan plantas variadas, de tendencia alargada, oval o rectangular, a veces con el perfil más o menos sinuoso y una superficie en torno a los 15-20 metros cuadrados. Normalmente están semiexcavadas en el subsuelo y sustentadas por postes de diferente envergadura, el alzado se realizaría con entramado vegetal y barro, materiales que también servirían para la techumbre. Es posible la existencia de pequeñas compartimentaciones internas y la apertura de silos, tanto en el interior como en el exterior de estas unidades. En Ecce Homo se ha hecho un intento de reconstrucción de cabaña que puede ser orientativo de la arquitectura doméstica del momento (Almagro y Dávila, 1989) (fig. 4, 1 y 2). La mayoría de los yacimientos excavados corresponden a agrupaciones de un número no muy elevado de cabañas y con una estabilidad no muy prolongada. La superficie de estos establecimientos debió de oscilar entre 1 y 3 hectáreas, aunque tenemos pocos datos fiables sobre este extremo. Las características de estos hábitats no difieren demasiado de las que presentan muchos de los asentamientos sincrónicos de la Europa occidental, donde únicamente los grandes oppida ofrecen un urbanismo bien desarrollado y una arquitectura militar de envergadura.

A pesar de que estos grupos mantienen ciertos rasgos de arcaísmo como puede ser urbanismo poco desarrollado, no hay duda de que su ajuar ha experimentado una casi completa renovación con respecto a Cogotas I, así, aunque algunos recipientes conservan determinadas formas típicas de la facies anterior, como son los platos de carenas altas, la mayor parte de sus ajuares cerámicos responden a otras modas. De este ambiente meridional son prueba el tratamiento de cerámicas a la almagra, típico de yacimientos del sureste como Crevillente (González Prats, 1983) y Galera (Pellicer y Schule, 1962 y 1966), los acabados a grafito, especialmente abundante en los yacimientos conquenses y alcarreños, los cuales presentan características similares a las de las producciones de Cástulo (Blázquez y Valiente, 1981), las superficies a cepillo que, aunque las encontramos en conjuntos del Alto Ebro (Castiella, 1978), son especialmente características del suroeste (Almagro Gorbea, 1977), o las

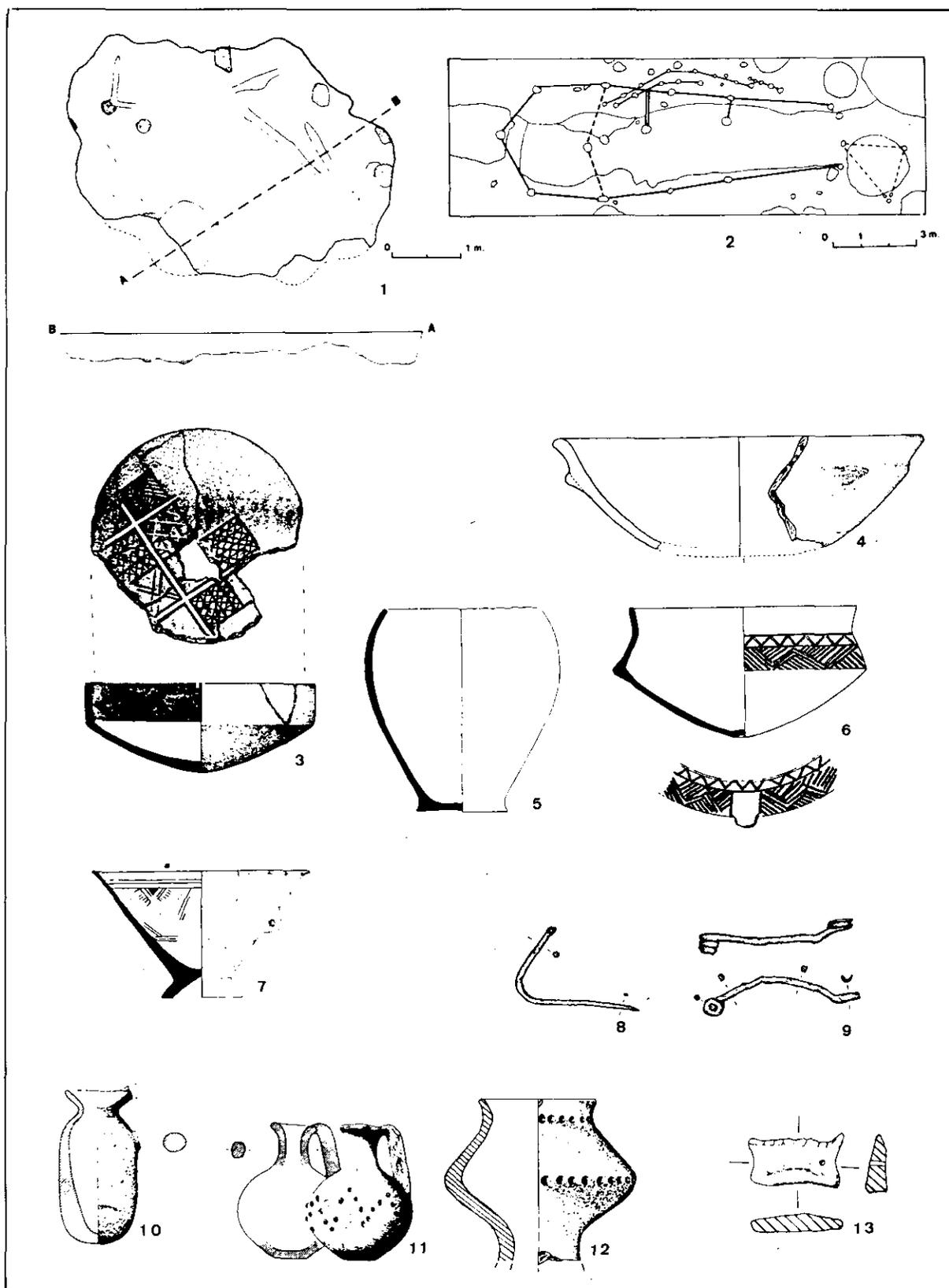


FIG. 4.—Hierro 1. 1 y 2.—Reconstrucción teórica de las plantas de cabañas excavadas en el Sector III de Getafe y Ecce Homo. 3.—Cerámica grafitada y pintada (Almudejo). 4.—Plato carenado (Valdepeñas). 5.—Recipiente común (Ermita de la Vega). 6.—Vaso con decoración de boquique (Reillo). 7.—Vaso pintado (El Navazo). 8 y 9.—Aguja y fibula procedentes de Arroyo Culebro. 10 y 11.—Vasos del Carpio, el n.º 11 tiene botones de cobre. 12.—Kotilliskos de Venta de la Victoria. 13.—Morillo miniaturizado de Puente de la Aldehuela.

cerámicas pintadas (fig. 4, 7) y las incisas con incrustación de pigmentos, con paralelos evidentes en la Alta Andalucía y el sudeste. Todos estos componentes nos hablan de una corriente sur-norte, a través de Albacete y los pasos de Sierra Morena, confluyendo en la Meseta, cuya I Edad del Hierro no debe ser ya contemplada únicamente a la luz de los Campos de Urnas del Valle del Ebro, sino de esta corriente mediterránea, a través de la cual pueden llegar también algunos componentes del mundo continental. Ello no significa la negación de posibles filtraciones por el Sistema Ibérico, que indudablemente debió de haberlas, ni tampoco los contactos con la Meseta Norte, cuyo horizonte Soto I, sincrónico al Hierro I de la Meseta sur, mantiene indudables puntos de convergencia favorecidos por el sustrato común de Cogotas I.

Poco podemos decir de las actividades económicas, pero existen indicios que nos hablan de un cierto descenso de la caza, particularmente la del ciervo, quizá por la consolidación de la ganadería basada, por lo que sabemos hasta el momento, en las especies tradicionales, con un cierto incremento de ovicápridos y suidos frente a los bóvidos, pero ninguno de los pocos análisis faunísticos realizados atestigua la introducción de nuevas especies. Por otra parte, la estabilidad de la población, que parece evidenciarse en algunos de los yacimientos de este momento, podría ser un síntoma de una mayor importancia de la agricultura, coincidiendo con la introducción del policultivo mediterráneo.

Sin duda el aspecto económico más novedoso es la metalurgia y más concretamente la generalización de la prospección y beneficio de los minerales de hierro cuya aplicación no es sólo para la fabricación de nuevo instrumental y armamento sino también para ejecutar determinados acabados y decoraciones cerámicas. Un análisis a base de lámina delgada practicado a algunas cerámicas del Cerro de San Antonio ha confirmado el gran contenido férrico que tienen los engobes a la almagra, pero también que este mismo tipo de mineral se empleaba en las cerámicas negras finas bruñidas de aspecto metálico, una variedad mucho más abundante. Lo que significa un continuado aprovisionamiento de este tipo de mineral que posiblemente se utilizaba también para determinados objetos metálicos, aunque todavía no fueran excesivamente prácticos por su escasa dureza (Madroño y Agreda, 1988). Uno de los objetos de hierro más antiguos conocidos en esta área que nos ocupa es el pequeño cuchillo afalcatado aparecido en una de las tumbas de Las Esperillas, y que está asociado a cerámica a mano y a una fíbula de doble resorte que fecha el conjunto en torno al siglo VI (García Carrillo y Encinas, 1987), lo que evidencia una notable antigüedad de la metalurgia, del hierro en la Meseta sur.

Desde el punto de vista espiritual, hay que insistir en la novedad que supone la generalización de los enterramientos así como el desarrollo de las necrópolis; y en este aspecto es importante destacar que se trata de una característica que alcanza a puntos muy distintos y distantes y como consecuencia de influjos muy diferentes. Por una parte hay que recordar que algunas de las necrópolis de Guadalajara excavadas por el Marqués de Cerralbo se inauguran en torno al

siglo VI, como es el caso de Atance y Prados Redondos. Los conjuntos de esta región evidencian un ambiente continental, en el que destaca el papel de una casta guerrera a través de ajuares que reflejan el prestigio alcanzado.

Otro es el caso de las necrópolis conquenses, cuya vida se inicia también en el siglo VI a. C. pero, en este caso, dentro de un ambiente mediterráneo y con ausencia total de tumbas de guerrero. Los ejemplos mejor conocidos son los de El Navazo y Las Madrigueras, su larga perduración es prueba del enorme arraigo que empiezan a tener las poblaciones. Unas características y cronología similares ha proporcionado la necrópolis de Las Esperillas en Toledo, cuyos momentos iniciales entroncan con la I Edad del Hierro para perdurar después hasta plena época ibérica, en torno al siglo III. Concretamente las primeras tumbas que contienen ya cerámica a torno asociadas al empleo del horno de tiro variable y que pueden calificarse de ibéricas han sido fechadas en el siglo V, la misma fecha que podemos dar para el inicio de la iberización en Cuenca.

En las regiones más meridionales también las necrópolis debieron de generalizarse en fechas similares a juzgar por los datos que han ofrecido algunos materiales procedentes de Alarcos (Ciudad Real) y de los conjuntos de Pozo Moro y Los Villares (Albacete). Mientras en Alarcos se manifiesta un ambiente relacionable con el Bajo Guadalquivir, la región de Albacete está integrada en el sudeste.

A lo largo de las dos centurias en las que se desarrolló la Primera Edad del Hierro la población experimenta un proceso de estabilización importante que queda registrado en aquellos hábitats que ofrecen mejores condiciones ya que mientras la mayoría de los pequeños establecimientos en llano son abandonados, muchos de los lugares de altura se iberizan dentro de un proceso sin solución de continuidad. Como ya apuntábamos al tratar de la periodización, esta situación parece producirse en la mayoría de las regiones que integran la Meseta sur, como es el caso de Ciudad Real (Rubial, 1988), de la mayoría de los yacimientos conocidos de Cuenca, como Reillo, Moya, o Huete y de algunos de los castros del Alto Jalón, sin embargo, el fenómeno no se puede aplicar a los pequeños poblados de la cuenca del Henares y a algunos del Manzanares, como es el caso de San Antonio, que quizá correspondan a los momentos iniciales del Hierro I en la región.

6. LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO

Esta etapa está caracterizada en la Meseta sur por la progresiva implantación de la iberización, un fenómeno que sin duda adquiere caracteres muy distintos, no sólo entre las diferentes áreas, sino incluso entre los distintos tipos de yacimientos ya que, en general, los de menor tamaño suelen mostrar un mayor conservadurismo. Esta heterogeneidad del proceso de iberización y la falta de datos procedentes de excavaciones prolongadas dificultan, todavía más que en las etapas previas que acabamos de analizar, la elaboración

de una síntesis. Por otra parte, no puede olvidarse que, mientras para la provincia de Albacete la mayoría de los datos proceden de los trabajos recientes en necrópolis, en las provincias de Madrid o Ciudad Real, todas las informaciones que tenemos para esta etapa son de poblados, la mayoría de los cuales ni siquiera han sido objeto de excavaciones amplias.

Los antecedentes analizados permiten comprender la temprana asimilación de lo ibérico y el mayor arraigo que este fenómeno cobra en las tierras más meridionales que comprenden la mayor parte de las actuales provincias de Albacete y Ciudad Real. Además, esos mismos precedentes explican que las filtraciones que conducen a la iberización procedan, no tanto de una corriente comercial, en sentido este-oeste, tal como quiso ver Maluquer (Maluquer, 1983), sino más bien de una doble vía, norte-sur, una por el este y otra por el oeste (Domínguez, 1988) que, en realidad, repiten el trazado de los contactos de centurias anteriores. Esta tradición en las relaciones de la Submeseta sur con las gentes situadas en las regiones meridionales peninsulares explica que ya en el siglo V hayan sido incorporadas al acervo técnico de los grupos meseteños buena parte de las novedades difundidas por los pueblos colonizadores mediterráneos, entre las que tenemos que destacar la aplicación de la rueda al torno de alfarero y a la molienda de cereales, el horno de tiro variable y la siderurgia. En esta misma centuria, se generaliza también entre la mayoría de los grupos asentados en el área que nos ocupa, la práctica de enterramientos agrupados en espacios especialmente dedicados a este fin, desarrollándose las necrópolis que, en unos casos, surgen como consecuencia de influencias continentales y, en otros, por influjos netamente mediterráneos, aunque determinados elementos como las fibulas de doble resorte o algunos broches de cinturón aparecen, indistintamente, en conjuntos influenciados por una u otra órbita.

Aunque la iberización parece estar ya plenamente consolidada a fines del siglo V en las tierras situadas al sur del Guadiana, en el resto de la Submeseta el *fluorit* no se alcanza hasta el siglo IV, momento al que corresponde la erección de la mayor parte de los poblados construidos en duro y ordenados de acuerdo a unas pautas urbanas, esta cristalización del urbanismo implica no sólo una mayor estabilización de la población sino también una organización social mucho más jerarquizada. El mayor volumen de restos dejado por la arquitectura de piedra y adobe, frente a la realizada con materiales orgánicos es, en parte, la causa de que con frecuencia se haya pensado que en el siglo IV se produce un aumento demográfico sin que, en realidad, exista una base firme para tal afirmación. Lo que sí parece claro es un cambio en las agrupaciones humanas al sufrir una mayor estabilización y crecer en tamaño.

Esta fijación de la población en hábitats estables no supone la ruptura de las relaciones establecidas con los pueblos limítrofes en etapas previas, ya que la actividad comercial se mantiene igualmente intensa según se desprende de la gran abundancia de cerámicas de importación: barniz rojo (Fernández Rodríguez, 1988) y ática (Patiño, 1988) que encontramos en

nuestra área de estudio, ya que son excepcionales los niveles fechados en el siglo IV que no poseen alguno de estos dos tipos cerámicos, los cuales se asocian en muchas ocasiones a especies domésticas (asno y gallina) de cuya presencia en la Península se ha hecho responsables a los fenicios (Morales, 1981).

A pesar de la existencia de algunos rasgos comunes a la totalidad de los grupos de la Submeseta sur durante la II Edad del Hierro, hay aspectos que son característicos de regiones concretas y, en algunos casos, pueden ser privativos de determinados pueblos históricos, aunque la parcialidad de los datos arqueológicos nos impiden poder hacer una definición material precisa de estos pueblos.

El territorio de la Oretania nos ha proporcionado un urbanismo precoz y bien desarrollado desde mediados del siglo V, con ciudades bien organizadas y defendidas con murallas, de las que el ejemplo mejor conocido es el Cerro de Las Cabezas de Valdepeñas (Vélez y Pérez Avilés, 1987). La presencia de gran estatuaria (Prada, 1977) y el material cerámico, son exponentes de las estrechas relaciones existentes con el sureste y la Alta Andalucía. Uno de los rasgos más peculiares de esta área es la cerámica estampillada, cuya temática se inspira en motivos claramente mediterráneos como son rosetas, palmetas, volutas, etc.; por otra parte, las murallas que defienden estos hábitats pueden explicarse dentro de las fortificaciones ibéricas y no como reflejo de la influencia de los pueblos de la Meseta norte. Desgraciadamente nos faltan las necrópolis que permitirían completar este panorama de similitud con los pueblos establecidos al sur de Sierra Morena, aunque sabemos que en las proximidades de algunas de las poblaciones más importantes ya se ha localizado el área de la necrópolis, como es el caso del Cerro de Las Cabezas de Valdepeñas.

En el área manchega, dentro de la propia provincia de Ciudad Real, se conocen poblados de menor tamaño y envergadura, parcialmente destruidos por estar situados en las zonas húmedas, uno de los ejemplos mejor conocidos y recientemente excavado es el Cerro de Las Nieves (Fernández Martínez, 1988). Muchos de estos asentamientos se ubican en las proximidades de las Motillas de la Edad del Bronce. Son pequeños establecimientos, de posible carácter rural, si bien sus materiales cerámicos guardan bastantes paralelos con los de las grandes urbes meridionales (Cerro de las Cabezas, Oreto, La Bienvenida), y parece que también en esta región la iberización se produce en época temprana.

Un caso opuesto es el del Sudeste, donde la provincia de Albacete ha proporcionado datos recientes, para el inicio de la iberización, a través de las espectaculares necrópolis de Pozo Moro (Almagro, 1983) y Los Villares (Blánquez, 1984), que se unen a otras conocidas, como la Hoya de Santa Ana. Estos conjuntos funerarios son prueba indiscutible de la plena inserción de esta zona dentro del área neurálgica del mundo ibérico desde época antigua. Por otra parte, el poblado del Amarejo en Bonete (Broncano y Blánquez, 1985) es un buen documento para el conocimiento del mundo ibérico del siglo III en esta región.

Tampoco resulta fácil sintetizar los rasgos propios de los Olcades, situados en la actual provincia de Cuenca ya que de algunas de las grandes ciudades, como Segóbriga, apenas conocemos el núcleo indígena, situado bajo la ciudad romana, y de otros conjuntos como Fosos de Bayona, no se han publicado más que unas noticias someras (Gras, Mena y Velasco, S. A.). Sin embargo, la sola existencia de estos grandes núcleos, indican que en el siglo IV., esta región había asumido plenamente el urbanismo, creando núcleos perfectamente estructurados y defendidos por importantes recintos amurallados. Estas grandes urbes convivieron con asentamientos de menor importancia y tamaño como el de Fuente de la Mota, en Barchín del Hoyo, que mantiene los clásicos «fondos excavados en el subsuelo», típicos de los asentamientos del Bronce Final (Sierra, 1981), aunque este conservadurismo no es obstáculo para la llegada a este punto de cerámicas de importación y de nuevas especies domésticas desde el área mediterránea.

De todas formas esta región resulta una de las más privilegiadas para el conocimiento de la Segunda Edad del Hierro, ya que sus orígenes pueden detectarse, tanto a través del poblado de Villar del Horno (Gómez, 1987), que muestra una arquitectura en duro, y de estructura de planta rectangular, pero todavía con sus paredes dobladas, como de conjuntos funerarios como son las necrópolis de Las Madrigueras (Almagro, 1969) y el Navazo (Galán, 1980), donde es perceptible la evolución de los ajuares muebles desde los siglos VI-V, hasta el III. Esta importante secuencia temporal es posible que también pueda conocerse en algunos asentamientos como Reillo (Maderuelo y Pastor, 1981) o Huete, aunque de momento carecemos de datos suficientes.

La Carpetania comprende la mayor parte de las provincias de Toledo y Madrid y sólo en los últimos años se han producido los primeros informes que permiten acercarnos a su conocimiento. En la región de Madrid el único yacimiento excavado para esta época es Cerro Redondo (Blasco y Alonso, 1985), aunque desgraciadamente no se trata de un gran núcleo, sino de un pequeño caserío que proporciona una información muy parcial. Otros datos para el conocimiento de esta región nos lo brindan asentamientos semipermanentes que mantienen un tipo de estructura similares a las del Bronce Final, y de las que sólo nos ha quedado los clásicos «fondos» o silos, es el caso de Ecce Homo (Almagro y Fernández Galiano, 1980) y la Aldehuela (Valiente y Rubio, 1982); conocemos, no obstante, la existencia de algunos poblados ubicados en lugares dominantes, de gran tamaño y defendidos por murallas, como el Cerro de la Gavia, los cuales podrían proporcionar una idea de lo que son los núcleos más importantes de esta zona.

A falta de datos sobre el urbanismo sabemos, por la información de Cerro Redondo, que la iberización en esta área se inicia a fines del siglo V y que este proceso se va asimilando a la par que se incorporan modas y fórmulas de vida típicas de los grupos del horizonte Cogotas II de la Meseta Norte de quienes toman las cerámicas con decoración a peine, o determinados tipos de estampillas y ornamentación de ruedecilla,

incluso el sistema urbanístico de Cerro Redondo, con estructuras independientes, adaptadas a la topografía del terreno, es un modelo habitual entre los grupos protoceltibéricos de la Meseta Norte.

También los pocos datos que poseemos para la provincia de Toledo nos indican que la Edad del Hierro en esta región está marcada por una fuerte influencia protovettona, tanto en los materiales como en las pautas de poblamiento, ya que hay un buen número de yacimientos en enclaves estratégicos, similares a los de los castros de la Meseta Norte, entre los que hay que destacar Yeles (Cuadrado, 1973) y Consuegra (Giles, 1971), algunos de cuyos materiales de «tipo ibérico», como las cerámicas pintadas, tienen unas características muy singulares, es el caso de los engobes jaspeados a brocha (Cuadrado, 1973). Estas cerámicas conviven con otras claramente emparentadas con la Meseta Norte e incluso el área extremeña de la Beturia céltica, como es el caso de los pies calados de Consuegra y Corral de Almaguer, o las estampillas de gran tamaño de Manzanar, aplicadas sobre recipientes de superficies toscas.

Un yacimiento singular, muy distinto a los castros, es el Cerrón de Illescas (Toledo) (Balmaseda y Valiente, 1979), que ha proporcionado un hábitat sobre un pequeño cerrete, con estructuras en adobes y materiales bastante iberizados, aunque no faltan ejemplares jaspeados y algunas estampillas, aplicadas generalmente sobre recipientes de tipo «ibérico». El hallazgo más destacable es un relieve realizado en barro sobre la parte inferior de la pared de una estructura, donde se desarrolla una temática que sus excavadores han puesto en relación con el mundo funerario y lo han vinculado al arte de las síntulas centroeuropeas (Balmaseda y Valiente, 1981), aunque resulta difícil explicar la vía por la que pudo llegar la idea que inspiró esta obra indígena de manufactura bastante tosca.

Por su parte las dos necrópolis hasta ahora conocidas, Las Esperillas (García Carrillo y Encinas, 1987) y Villafranca de los Caballeros (Ruiz Zapatero y Carobles, 1986) reflejan un ambiente plenamente ibérico, hecho que podría explicarse por la proximidad geográfica del primero de estos conjuntos, a las necrópolis conquenses, muy particularmente a Las Madrigueras, con una cronología similar y por la pertenencia de Villafranca de los Caballeros a la región Manchega, donde, como ya hemos apuntado, se produce también una fuerte iberización.

El panorama se completa con los castros que se levantan en los rebordes montañosos de los Sistemas Central e Ibérico y que hay que incluirlos dentro de los pueblos de la Celtiberia, estos yacimientos suelen asociarse a importantes necrópolis, algunas de las cuales han proporcionado una dilatada cronología, aunque no faltan conjuntos de cronología precisa como La Yunta, recientemente excavada (García Huerta y Antona, 1988) y cuyos materiales reflejan un ambiente muy iberizado a inicios del siglo III.

Desgraciadamente no se han realizado excavaciones en extensión en ninguno de los castros de Guadalajara y el yacimiento mejor conocido, el de La Coronilla, corresponde a una etapa muy avanzada que conoce ya la romanización. Sin embargo los escasos datos que tenemos de los castros nos permiten conocer que

poseían una importante arquitectura defensiva con murallas reforzadas, a veces, con piedras hincadas, como Casliviejo, lo que permite incluir a estos poblados dentro de la misma área de influencia que los castros de la Meseta norte, aunque el absoluto desconocimiento que tenemos de la arquitectura doméstica y de las características urbanas nos impide hacer mayores precisiones.

Todas estas consideraciones nos demuestran cómo la Meseta Sur, a lo largo del primer milenio anterior

a nuestra era fue una región abierta a influjos de las áreas periféricas, de donde asimiló con prontitud las novedades estéticas y técnicas, pero al mismo tiempo fue también un lugar de atracción, donde se asentó una población, quizás mucho más importante de lo que en principio pueda pensarse. Aunque no resulta fácil marcar la dirección dominante en las relaciones, empieza a evidenciarse el gran atractivo que para esta zona supuso la región meridional, relación de la que se desprendió un importante beneficio mutuo.

BIBLIOGRAFIA

- M. Almagro-Gorbea 1969. *La Necrópolis de «Las Madrigueras», Carrascosa del Campo, Cuenca. Biblioteca Praehistórica Hispana*, X, Madrid.
- 1973. *El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro en la Meseta Sur (Extracto de Tesis doctoral)*, Madrid.
- 1977. La iberización de las zonas orientales de la Meseta. *Simposi Internacional. Els origins del mon iberic. Ampurias* 38-40. Barcelona, pp. 93-156.
- 1983. Pozo Moro, El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica. *Madrider Mitteilungen*, 24. Berlín, pp. 177-293.
- 1987. El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro. *130 años de Arqueología madrileña*. Madrid, pp. 109-120.
- 1988. Las culturas de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro en Castilla-La Mancha. *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo II. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (I)*. Ciudad Real, pp. 163-180.
- M. Almagro-Gorbea y A. Dávila 1989. Ecce Homo. Una cabaña de la I Edad del Hierro. *Revista Arqueológica*, n.º 98. Madrid, pp. 29-38.
- M. Almagro-Gorbea y D. Fernández-Galiano 1980. *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo. Alcalá de Henares, Madrid*. Madrid.
- J. Balmaseda y S. Valiente 1979. Excavaciones en El Cerrón, Illescas, Toledo. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 7. Madrid, pp. 152 y ss.
- 1981. El relieve de Illescas. *Archivo Español de Arqueología*, vol. 54. Madrid, pp. 215-238.
- A. Belda 1963. Un nuevo Campo de Urnas al sur del Tajo. *Ampurias*, 25. Barcelona, pp. 197-201.
- J. Blánquez 1984a. Las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete. *Primer Congreso de Historia de Albacete. I Arqueología y Prehistoria*. Albacete, pp. 188-209.
- J. Blánquez 1984b. Túmulos ibéricos en la necrópolis de los Villares. *Revista Arqueológica*, 36. Madrid, pp. 36-45.
- M. C. Blasco 1983. Un nuevo yacimiento del Bronce madrileño: El Negralejo (Rivas-Vaciamadrid). *Noticario Arqueológico Hispánico*, 17, pp. 43-150.
- 1987. El Bronce Medio y Final. *130 años de Arqueología madrileña*. Madrid, pp. 81-108.
- M. C. Blasco y M. A. Alonso 1985. Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama. *Excavaciones arqueológicas en España*, 143, Madrid.
- M. C. Blasco y J. Barrio 1986. Excavaciones en dos nuevos asentamientos prehistóricos en Getafe (Madrid). *Noticario Arqueológico Hispánico*, 27. Madrid, pp. 75-142.
- M. C. Blasco, M. R. Lucas y M. A. Alonso 1985. Un nuevo yacimiento prehistórico de la provincia de Madrid: El Cerro San Antonio. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, pp. 267-277.
- S. Broncano y J. Blánquez 1985. *El Amarejo (Bonete, Albacete)*. E.A.E. 139, Madrid.
- A. Castiella 1977. *La Edad del Hierro en Navarra y La Rioja*. Pamplona.
- M. L. Cerdeño 1983. Nuevos ajuares de la necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). *Wad-Al-Hayara*, 10, Guadalajara, pp. 283-295.
- E. Cuadrado 1973. El yacimiento carpetano de Yeles. *Actas del XII CNA*, Jaén, 1971, Zaragoza, pp. 355-362.
- G. Delibes 1978. Una inhumación triple de la facies Cogotas I en San Román de La Hornija (Valladolid). *Trabajos de Prehistoria*, 35. Madrid, pp. 235-248.
- A. Domínguez Monedero 1988. Algunas observaciones en torno al «comercio continental griego» en la Meseta Meridional. *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (II)*. Ciudad Real, pp. 327-334.
- D. Fernández-Galiano 1976. *Carta Arqueológica de Alcalá de Henares y su partido*. Torrejón de Ardoz.
- V. Fernández Martínez 1988. El asentamiento ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real). *Actas del Primer Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y Culturas prehistóricas y protohistóricas (II)*. Ciudad Real, pp. 359-369.
- M. C. Fernández Ochoa e I. Rubio 1980. Materiales arqueológicos del Bajo Manzanares (término de La Aldehuela, Madrid). *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos del Ayuntamiento de Madrid*, 6. Madrid, pp. 49-86.

- M. D. Fernández Posse 1982. Consideraciones sobre la técnica de boquique. *Trabajos de Prehistoria*, 39. Madrid, pp. 137-159.
- A. Fernández Vega 1980. Canteras de Zarzalejo (Madrid). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 10. Madrid, pp. 115 y ss.
- C. Galán 1980. Memoria de la primera campaña de excavación en la necrópolis de El Navazo, La Hinojosa (Cuenca). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 8. Madrid, pp. 141-209.
- M. García Arista 1985. Materiales de la Edad del Bronce. En *Broncano y Blánquez*, 1985, pp. 323-355.
- A. García Carrillo y M. Encinas 1987. La necrópolis de la Edad del Hierro de «Las Esperillas», Santa Cruz de la Zarza (Toledo). *Carpetania*, 1. Toledo, pp. 43-68.
- M. A. García Guinea 1960. Excavaciones estratigráficas en el poblado ibérico de El Macalón (Nerpio, Albacete). *Revista de Bibliotecas, Archivos y Museos*, n.º 64. Madrid.
- M. R. García Huerta y V. Antona 1988. Estructuras de tipo tumular en la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro de La Yunta (Guadalajara). *Actas del Primer Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (II)*. Ciudad Real, pp. 291-300.
- F. Giles 1971. Hallazgos hispanorromanos en Consuegra. *Anales toledanos*, 5. Toledo, p. 139 y ss.
- A. Gómez 1987. El cerro de los Encaños (Villar del Horno, Cuenca). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27. Madrid, pp. 265-350.
- A. González Prats 1983. *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Alicante.
- M. Gras, P. Mena y F. Velasco, s.a. La ciudad de Fosos de Bayona (Cuenca). Inicios de la romanización. *Revista de Arqueología*, año V, n.º 36. Madrid, pp. 48-57.
- M. Maderuelo y J. Pastor 1981. Excavaciones en Reillo (Cuenca). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12. Madrid, pp. 161 y ss.
- J. Maluquer 1983. *Comercio continental focense en la Extremadura central. Mesa Redonda sobre las cerámicas griegas*. Ampurias.
- J. M.ª Martínez González y M. I. Martínez Navarrete 1988. La ocupación del Bronce del Castillo de Huete (Cuenca). *Actas del Primer Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas. (II)*. Ciudad Real, pp. 217-228.
- M. I. Martínez Navarrete y A. Méndez 1983. Arenero de Soto, Yacimiento de «Fondos de Cabaña» del Horizonte Cogotas I. *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileña*. Madrid, pp. 183-254.
- M. I. Martínez Navarrete y J. V. Pérez Sierra 1985. *Sima «Cabeza de la Fuente» (Boniches de la Sierra, Cuenca)*. Cuenca.
- A. Méndez 1982. Algunos yacimientos con materiales del Bronce Final en la provincia de Madrid. *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileña*. Madrid, pp. 21-54.
- A. Méndez y F. Velasco, s.a. La Muela de Alarilla. Un yacimiento de la Edad del Bronce en la cuenca media del Henares. *Revista de Arqueología*, año V, n.º 37.
- A. Morales 1981. Primer informe sobre la fauna de Barchín. En *Sierra*, 1981, pp. 227-236.
- N. Morere 1983. *Carta Arqueológica de la región seguntina*. Guadalajara.
- T. Nájera 1984. *La Edad del Bronce en La Mancha occidental*. Tesis doctorales 458. Granada.
- J. Navarro y C. Sandoval 1984. Cabeza Moya (Enguidanos, Cuenca). Primera y segunda campañas. Años 1980 y 1981. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 19. Madrid, pp. 199-270.
- G. Nieto y otros 1980. *Oreto I (Ciudad Real). Excavaciones Arqueológicas en España*, 114, Madrid.
- M. J. Patiño 1988. Estado actual de la investigación sobre la cerámica griega en Castilla-La Mancha. *Actas del Primer Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (II)*. Ciudad Real, pp. 301-308.
- M. Pellicer y W. Schüle 1962. El Cerro del Real, Galera (Granada). *Excavaciones Arqueológicas en España*, 12, Madrid.
- 1966. El Cerro del Real, Galera (Granada). El corte estratigráfico IX. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 52, Madrid.
- J. Pereira y E. de Alvaro 1986. Aportes orientalizantes en el Valle del Tajo. Una tumba de la transición Bronce-Hierro: El Carpio (Belvis de La Jara, Toledo). *Revista Arqueológica*. Año VII, n.º 62. Madrid, pp. 29-38.
- J. J. Pérez Avilés 1985. Estudio Arqueológico del Campo de Montiel. *Oretum I*, Ciudad Real, pp. 175-239.
- M. Prada 1977. Las esfinges oretanas del oppidum de Alarcos. *Actas del XIV CNA*, Vitoria, 1975, Zaragoza, pp. 6695-704.
- C. Priego 1987. Hierro I en la Meseta: El yacimiento de Puente I. *Arqueología*, 16. Porto pp. 96-108.
- C. Priego y S. Quero 1978. Una obra maestra de la orfebrería prehistórica madrileña: El brazaletes de oro de La Torrecilla (Getafe). *Villa de Madrid*, año XVI n.º 59. Madrid (tirada aparte).
- A. Rubial 1988. Aportación al mapa arqueológico de Castilla-La Mancha: hallazgos cerámicos del periodo del bronce y la época ibérica en Ciudad Real. *Primer Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*. Ciudad Real, pp. 229-245.
- G. Ruiz Zapatero y J. Carrobes 1986. Una necrópolis tumular ibérica en La Mancha: Villafranca de los Caballeros (Toledo). *Revista Arqueológica*, año VII. Madrid, pp. 58-61.
- G. Ruiz Zapatero y A. Lorrio 1988. Elementos e influjos de tradición de «Campos de Urnas» en la

- Meseta sudoriental. *Actas del Primer Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (II)*. Ciudad Real, pp. 257-268.
- M.^a L. Sánchez Capilla, e.p. La transición del Bronce Final al Hierro I en Moya (Cuenca). Cuenca (trabajo en prensa).
- J. Sánchez Meseguer 1988. Muriel: Aportación al problema del «boquique» en Castilla-La Mancha. Un yacimiento de la Edad del Bronce en Guadalajara. *Actas del Primer Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (II)*. Ciudad Real, pp. 197-204.
- M. Sierra 1981. Fuente de La Mota (Cuenca, Barchín del Hoyo). *Noticiario Arqueológico Hispánico, II*. Madrid, pp. 39-211.
- J. Valiente 1984. Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares. *Wal-al-Hayara*, 11. Guadalajara, pp. 9-58.
- J. Valiente, M.^a L. Crespo y C. Espinosa 1986. Un aspecto de la celtización en el Alto y Medio Henares. *Wad-al-Hayara*, 13. Guadalajara, pp. 47-70.
- J. Valiente y S. Prado 1977. Estelas decoradas de Aldea del Rey (Ciudad Real). *Archivo Español de Arqueología*, 50-51. Madrid, pp. 375-386.
- J. Valiente y S. Prado 1979. Nueva estela decorada de Aldea del Rey (Ciudad Real). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 52. Madrid, pp. 27-32.
- S. Valiente e I. Rubio 1982. Aportaciones al conocimiento de la Arqueología madrileña: Hallazgos arqueológicos en la zona de La Aldehuela-Salmedina (Getafe, Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*. Madrid, pp. 55-97.
- J. Vélez y J. J. Pérez Avilés 1987. El yacimiento protohistórico del Cerro de Las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real). *Oretum III*. Ciudad Real, pp. 167-196.

